

## ***El cuerpo funcional***

Marla Jacarilla

# I

Joder, pensaba que no se marcharían nunca. Sí, ya sé, son tus amigos, tu familia, tus seres queridos... Pero llevaba cuatro horas ahí afuera haciendo el paripé cuando lo único que me apetece en estos momentos es estar a solas y desconectar del resto del mundo. Y ya sabes que nunca se me ha dado bien ser simpática cuando no me apetece serlo. Cosa que a ti, en cambio, siempre se te dio estupendamente, con ese optimismo que llevabas a todas partes, esa sonrisa que casi nunca vi desaparecer de tu cara, esa confianza inalterable en que las cosas irían bien...

Resulta extraño que al final te hayas marchado tú primero, ¿no? La pesada del apocalipsis siempre he sido yo. Realista según mi opinión, pesimista según la tuya. Nadie esperaba esto, la verdad. Y supongo que tú el que menos. Ni siquiera habíamos tenido ocasión de hablar de la muerte. O al menos, no de un modo concreto. Lo hicimos muchas veces, claro, pero siempre como algo abstracto que le sucede a los demás. Algo que pasa en las películas, en los libros, en los acontecimientos históricos. Y que a veces, muy de vez en cuando, nos rozaba de lejos. Entonces, cuando esto sucedía, hacíamos como todo el mundo. Cuatro frases hechas, cuatro lágrimas, y a seguir hacia adelante, casi como si nada hubiese sucedido. Y digo casi, porque obviamente son hechos imposibles de ignorar, y después de cada muerte siempre nos quedamos un poquito más grises. Un poquito más grises, y un poquito más viejos, aunque ni siquiera hayamos cumplido los cincuenta.

Tú, eso sí, siempre gestionaste las emociones mucho mejor que yo. Porque, a diferencia de mí, nunca te obsesionaste por esa cuota de sufrimiento que implica estar vivo. Te limitabas a existir, sin más, sin cuestionarte cada paso que dabas, y la verdad es que así todo parecía más sencillo. Supongo que sí, que me habría gustado parecerme más a ti en ese aspecto. “Todo irá bien”, “saldremos adelante”, “seguro que estos cambios son para mejor”, “¿Sabías que en japonés la palabra crisis está formada por peligro y oportunidad?”, “el gobierno ha tomado la decisión correcta”, “la ciencia avanza que es una barbaridad”, “en unos meses todo esto habrá pasado”... Esas frases hechas, esos lugares comunes que, cuando estás desesperado y no ves luz alguna al final del túnel, se convierten en un refugio. Un refugio que te protege, al menos un poquito, de la intemperie y la hostilidad exterior. Un refugio en el que la evolución, esta vez sí, tiene una dirección clara, y las personas no van desnortadas dando palos de ciego hacia un lado y hacia otro. Un refugio en el que tú siempre creíste, y del que yo siempre desconfié. La humanidad, al fin y al cabo, ¿no?

Cuando estabas aquí, a menudo entraba en ese refugio contigo y me sentía un poquitito más a salvo, aunque fuese solo durante un rato. Pero no sé si volveré a entrar. Al menos, sola. Desde que las distopías se han vuelto algo tan cotidiano, me cuesta mucho confiar. No en los individuos, sino en los humanos como especie, tú ya me entiendes. Supongo que tiene que ver con la pérdida de la inocencia a medida que nos hacemos adultos, pero tengo la sensación de que esto va cada vez peor. Y sí, ya sé que nunca estuviste de acuerdo conmigo, pero cada vez que hago balance, el resultado me parece desolador. No como a las personas más ricas del planeta, claro, que han visto aumentar sus fortunas un 24% desde 2020. Un 24% nada menos. Qué casualidad, ¿no? Justo en 2020, el peor año en la vida de millones y millones de personas. En fin, ahora ya sabemos a lo que se refería Naomi Klein cuando hablaba del auge del capitalismo del desastre.

He estado hablando un rato con tu padre, aprovechando que tu madre estaba por la cocina preparando café. Cree que tendría que mudarme a otro piso y empezar una nueva etapa, cuanto antes mejor. Supongo que tal vez tiene razón, pero no deja de ser extraño que sea él quien me lo diga. “La vida continua, querida”, me ha dicho en voz baja cogiéndome del brazo. “Y has de ser feliz para hacer felices a los que te rodean.” Me ha dado un poco de pena cuando me lo ha dicho, tan delgado y tan triste, mirándome por encima de sus gafas. Me lo ha dicho como si él mismo ya no tuviese esa oportunidad de ser feliz. “Si te quedas aquí, los recuerdos te pesarán cada vez más.” Y entonces, me he acordado de la protagonista de *A Ghost Story*, y de esa secuencia en la que, incapaz de hacer frente a la muerte de su marido, el personaje interpretado por Rooney Mara se sienta en el suelo y se come un pastel de chocolate casi entero mientras llora sin parar, hasta que le entran náuseas y corre a vomitar al baño. El director decidió no cortar la secuencia y dura más de cinco minutos que se hacen eternos. Pero todo esto he preferido no contárselo a tu padre. Y he pensado que, diga lo que diga, lo mejor será que me quede. Por si acaso sucediera lo mismo que en la película y tú regresaras como el fantasma del personaje de Casey Affleck, para seguir habitando esta casa y estar conmigo aunque yo no lo sepa. Supongo que las posibilidades de que esto suceda son ínfimas, pero quién sabe.

También ha venido tu prima Ana con su hija mayor para darme el pésame. Lleva tres meses entrando y saliendo del hospital, la pobre. Se ve que la atacó una gaviota en el cementerio, fue directa a su ojo izquierdo y ahora tiene que llevar un parche. La han operado ya dos veces, es posible que pierda la vista de ese ojo. Desde hace un par de semanas, el ayuntamiento está recomendando ir a los cementerios con paraguas, para defenderse de los ataques de las gaviotas. Afirman que será solo durante la época de nidificación, pero creo que mienten. Cada año son más agresivas, y los ornitólogos no son capaces de encontrar una explicación. Durante 2020 hubo casi 200 ataques de gaviotas a humanos, solo en la ciudad de Barcelona. Dicen que, como cada vez tienen más difícil alimentarse de pescado, su dieta actual está conformada principalmente de restos de comida que encuentran en la basura y palomas muertas. Por eso se están adentrando cada vez más en la ciudad. Otra teoría sostiene que el cambio climático tiene un efecto nocivo en ellas que aumenta su agresividad. Y una tercera afirma que el cambio de alimentación está afectando su comportamiento y la comida basura que ingieren actúa en ellas como una droga adictiva que las vuelve cada vez más violentas. En fin, no sé, pero parece que van a convertirse en un problema más a largo plazo. Ojalá estuvieras aquí para llevarme la contraria y decirme que soy una exagerada y una catastrofista. Que este tipo de incidentes no son más que hechos puntuales sobredimensionados por los *mass media*, y que seguiremos conviviendo con las gaviotas durante siglos sin mayores problemas.

¿Recuerdas el discurso que me diste al poco de conocernos? Estábamos en la universidad, no sabría decirte el año exactamente. Pero recuerdo que coincidimos en una fiesta en casa de alguien. ¿Luis? ¿Eva y Rosa? No estoy segura. Me empezaste a contar no sé qué historia sobre el primer primate modificado genéticamente y el increíble avance que esto suponía para la ciencia. Luego te emocionaste con la perspectiva de que en unos años todos los países de Europa usarían la misma moneda y, cinco minutos después, casi lloras de emoción al pensar en los avances del país en materia de derechos humanos. Al oírte, cualquiera podría haber pensado que es una alegría constante vivir en este planeta. Confieso que al principio llegué a pensar que estabas un poco borracho, aunque luego me di cuenta de que bebías agua con hielo y limón simulando que era gin tonic.

Lamento que al final lleves los pantalones negros. Sé que hubieras preferido los grises, pero no me atreví a discutir con tu madre, espero que no te importe demasiado. Dice que los pantalones grises te vienen grandes y te quedan mal. Según ella, parece que los hayas cogido de un contenedor. Tampoco le diste nunca demasiada importancia a la ropa, así que no creo que esto se vaya a convertir en un drama. Me refiero a los pantalones, claro. Tú ya me entiendes. Lo que sí que he conseguido evitar es lo de la ceremonia religiosa, pero lo mío me ha costado, no te creas. Y no por tu madre –que al fin y al cabo en eso siempre ha sido bastante comprensiva–, sino por tu hermano. De repente le entró la vena católica y se empeñó en que era fundamental celebrar una misa. Él, que no ha pisado una iglesia desde que tomó la comunión y que se pasa la vida contando chistes de curas pederastas. En fin, no sé que obsesión le entró, pero me costó tres horas convencerlo de que nada de misas. No sé, es un arrebató extraño que le da a mucha gente cuando tienen la muerte cerca. De repente empiezan a mostrar una inesperada reverencia hacia la religión y la iglesia, y afirman que es “solo por si acaso”. No le llamaría fe exactamente, la verdad. De hecho, diría que en el fondo no es más que miedo, simple y vulgar miedo. ¿Sabías que los funerales laicos en España representan aproximadamente un 20 % del total? Es poco, lo sé, pero algo es algo. Y sí, ya me doy cuenta de que es un dato que no sirve para nada, pero ya sabes que me encanta memorizar información inútil.

## II

He pedido unos días libres en el trabajo. Me han dicho que me los descontarán del sueldo, pero me da igual. De hecho, no sé si volveré a trabajar allí. A lo mejor hago como los yanquis, los envío a la mierda y me sumo a la gran renuncia. Total, no sería ningún drama dejar un trabajo como ese, ¿no? El otro día leí un artículo en Internet que me dio que pensar. ¿Era en *El salto*? ¿En *El confidencial*? Ahora no me acuerdo. Se titulaba *El desapego*, y explicaba que, desde hace algunos años, tenemos cada vez menos apego por todo. Por nuestro trabajo, por nuestras posesiones, por nuestras relaciones y por nuestra vida en general. Como si una sensación de apatía generalizada se estuviese apoderando muy lentamente de la sociedad. La gente está harta de trabajar, de intentar ligar en Tinder y en Grindr. Están hartos de ver las noticias, de hacer la compra, de fregar los platos y de ir de vacaciones siempre al mismo pueblo. Están hartos de soportar a sus familias y de discutir cada Navidad con sus cuñados por las mismas gilipolleces. Están hartos de la precariedad, de los recortes del gobierno y de las peleas entre vecinos. Están hartos de hacer *scroll* en Instagram y de comprar mierdas por Amazon. Están hartos de discutir para elegir qué película ver en Netflix. Están hartos de fingir que las modas les importan y que merece la pena ir al gimnasio cinco días a la semana. Pero no lo digo yo, ¿eh? Lo decía el artículo. Y no lo escribí yo, que conste. Aunque supongo que podría haberlo hecho.

Cuando lo leí, pensé en ti y en la energía que siempre ponías al hacer las cosas. Como los niños pequeños, cuando descubren algo por primera vez y se emocionan como si esa cosa fuese lo mejor del universo. Me acordé también de ese “cambio de paradigma” del que hablabas constantemente. Como si fuese un hecho tremendamente esperado, inminente y maravilloso que no podemos ignorar. “Todo será mejor cuando predominen las energías renovables, cuando no necesitemos el dinero en efectivo, cuando no haya desigualdades y cuando erradiquemos las enfermedades de la tierra”, decías. “Ya verás, todos estos problemas que tenemos ahora no serán más que un recuerdo lejano, acurrucado en un rincón de nuestra memoria”. No te enfades, pero tu inocencia me recuerda a la de aquellos que piensan que si la humanidad dejase de comer carne, los problemas del universo desaparecerían por completo y seríamos felices para siempre como en los cuentos de hadas. Siempre fuiste algo naif, supongo. Pero no te lo tomes a mal, lo digo desde la más sincera envidia. Tú te identificabas con Žižek, que afirmaba con convencimiento que la pandemia acabaría con el capitalismo, y yo con Houellebecq, que decía con desencanto que, tras el coronavirus, todo seguiría igual “aunque un poco peor”.

Pero a lo que iba. El artículo en cuestión, después de hablar sobre este desapego durante un par de páginas, acababa con un vídeo. El vídeo era un fragmento de la película *Las verdes praderas*, no sé si te he hablado alguna vez de ella, creo que sí. En general, le suelo tener bastante manía a José Luís Garci, pero esta película tiene algo que me fascina. No sé, creo que hay algo de visionario en la historia, no sé cómo explicarlo. En ella, Alfredo Landa es un padre de familia que, tras alcanzar un cierto éxito profesional, se puede comprar un chalet en la sierra madrileña. Se supone que es el paradigma de hombre hecho a sí mismo, ¿no? Un buen trabajo, una esposa estupenda, unos niños monísimos, un coche, un chalet... Lo tiene todo, vaya. Pues bueno, un día se da cuenta de que todo eso le importa una mierda y se lo dice a su mujer. Así tal cual. “Que me he equivocado, coño”, le dice mientras están sentados en el bosque y tira ramitas al aire con la mirada puesta en el horizonte. “Quién me mandaría a mí estudiar económicas y perder la juventud y la vista en unos libros que no valen para nada. Yo creía que iba hacia una vida maravillosa, pero acabaremos tú y yo solos, vegetando en esa mierda de chalet. Todos los puentes, todas las vacaciones de semana santa... Y al final un día te mueres, y se te queda esa carita de gilipollas...” No lo digo por ti, ¿eh? Lo decía Alfredo Landa en la película. Que nos pasamos la vida viviendo para los demás. Para las empresas, para los jefes, para gente que no nos importa un pimiento. Y tenía razón, joder, vaya si la tenía. Supongo que por eso cada vez más gente está dejando su trabajo. Han tardado en darse cuenta, pero más vale tarde que nunca. Por cierto, voy a hacerte *spoiler*, que sé que los odias. Al final de la película, su mujer rocía el chalet con gasolina, le prende fuego y todos contentos. A mí me parece un final magnífico, pero me pregunto cómo reaccionaría el público de la época.



Tengo las noticias puestas. Sin volumen, claro. Sé que no te gusta que las mire, pero ahora ya no me lo podrás impedir, supongo. De todos modos, sabes que las miraba a escondidas, ¿no? Sí, ya lo sé, que luego me preocupo, me sube la tensión y me pongo medio enferma, pero qué le vamos a hacer. He de alimentar de algún modo mi angustia vital, ¿no? Aunque ahora que no estás tú, tendré que buscar algún otro modo de contrarrestarla. Tal vez me apunte a hacer yoga o meditación o algo así. Una de esas cosas *new age* que dicen que van tan bien para el espíritu. Están volviendo a hablar Putin y Macron, cada uno en un extremo de esa mesa blanca y enorme. Míralos, menudo circo, como si pudiesen llegar a algún acuerdo. A veces tengo la sensación de que la vida es un *loop* sin demasiado sentido. Ahora la presentadora de las noticias intenta vender a los espectadores hipotecas a plazo fijo. Pensé que habían ilegalizado este tipo de publicidad encubierta, pero ya veo que no. Ah, espera, pone “publicidad” en una esquina de la imagen, aunque está tan pequeño que casi no se ve. Igual tenías razón y estaría bien tirar el televisor a la basura, la verdad.

¿Sabes? Te parecerá ridículo, pero echaré de menos trabajar en casa oyendo de fondo las charlas TED que tú veías cada tarde. Sí, ya sé que me burlaba mucho de ti por verlas. Que si menudo militante de izquierdas estás hecho, escuchando a esta panda de neoliberales... Que si mucho defender el socialismo y luego mírate, venerando los discursos de los gurús de Silicon Valley... Y sigo pensando lo mismo, no te creas. Pero la verdad es que me había acostumbrado a tener sus voces de fondo. Esa panda de hombres blancos hablando a una audiencia multitudinaria sobre como ganar dinero y poder, con esa confianza absoluta en uno mismo, esa seguridad, ese aplomo... Quién pudiera tener esa actitud, ¿no? Supongo que así las cosas serían mucho más fáciles.

Creo que no llegué a contártelo, pero hace unos días iba por la calle y justo en la esquina donde está La Caixa, había un mendigo que me llamó la atención. Estaba sentado en el suelo trenzando pulseras con cuero y junto a él había un letrero hecho con cartón. En él ponía su número de teléfono y que aceptaba BIZUMS. Y lo había escrito así, en mayúscula, bien grande, subrayado y en plural: BIZUMS. La palabra, al estar escrita de este modo, cobraba una especial relevancia, y al estar ubicada en un contexto tan inesperado, llamaba la atención de los transeúntes, que no podían evitar un leve gesto de asombro o incluso una sonrisa. Me pregunto cuánta gente al día se tomará la molestia de hacerle un bizum a un mendigo. Supongo que se está preparando para ese supuesto futuro sin efectivo. Ese futuro en el que nuestro dinero será tan solo un flujo de ceros y unos, invisible e intangible, circulando constantemente por el submundo digital. Ese futuro en el que parpadaremos un par de veces para pagar el ticket del restaurante y mostraremos nuestra huella dactilar a una cámara de teléfono móvil para formalizar el pago de una hipoteca. Ese futuro en el que ninguno de nuestros movimientos pasará desapercibido para el sistema. Ese futuro, terriblemente cercano, que a ti te entusiasmaba y a mí me aterra cada vez que me lo imagino. Ese futuro que, mal que me pese, se va convirtiendo un poco más en presente a cada segundo que pasa. Por cierto, casi se me olvida comentártelo, la fachada de La Caixa estaba completamente forrada de carteles, no habían dejado ni un centímetro cuadrado de pared sin cubrir. “Este banco financia tu extinción”, ponía en todos ellos. Me pregunto si piensan cubrir de carteles todos los bancos o solo este en concreto.

He apagado la televisión. Me he hartado del señor de la teletienda, de los políticos sinvergüenzas y de los anuncios de alarmas antirrobo. Cuando miro esa pantalla durante un rato, me da la sensación de que todo está en *loop*: los gestos, los sonidos, las palabras. Es como una especie de *loop* encubierto, disimulado, casi subliminal. No es algo que se note a primera vista, pero si prestas un poco de atención, te acabas dando cuenta. Además, con los años el *loop* se va fragmentando y acortando más y más, y el ritmo es más frenético y repetitivo cada vez. Deduzco que este ritmo subyacente generará alguna especie de sustancia adictiva en nuestro cerebro, tal vez dopamina, como los *likes* en las redes sociales. Supongo que en el fondo es un proceso parecido al que están sufriendo las canciones: cada vez más cortas, más simples, más repetitivas. ¿Sabías que en los últimos 20 años la duración media de las canciones se ha acortado en más de un minuto? Claro que lo sabías, si me lo dijiste tú... Que el algoritmo favorecía a las canciones mas breves y de estructura más sencilla, que esto las posicionaba mejor en las plataformas de música online y que por eso los músicos preferían simplificar su obra; porque así tenían la certeza de que iban a tener más escuchas y ganar más dinero. Es curioso, ¿no? Vivimos cada vez más, pero somos cada vez menos capaces de dedicarle tiempo a las cosas, por mucho que nos importen.

### III

Dicen diversos estudios que la duración de un duelo “saludable” oscila entre uno y dos años, y que consta de cinco fases, aunque el proceso puede variar mucho dependiendo de la relación con el fallecido, la forma en que murió y una serie de factores más. Me pregunto a qué se referirán cuando dicen “saludable”. Algo saludable es algo que sirve para preservar la salud, ¿no? Una manzana, un poco de ejercicio, dormir ocho horas al día. ¿Qué puede haber en un proceso de duelo que ayude a preservar la salud? No sé, tal vez sea una pregunta un poco tonta, es cierto.

Si estuvieras aquí, me dirías que al final todo saldrá bien, y que mientras esperamos a que las cosas se vayan solucionando por sí mismas, lo mejor es disfrutar de la vida. Gestionar lo mejor posible todo aquello que depende de nosotros y no agobiarnos por lo demás. Me acariciarías la nuca durante un rato con movimientos lentos y repetitivos, porque sabes que eso me relaja, y me prepararías una infusión de rooibos con miel sin necesidad de que te la pidiera. Me propondrías alguna escapada de fin de semana, una excursión por el campo, lejos de la ciudad. Sin internet, sin móviles, sin problemas acuciantes. Al final no iríamos, porque siempre se nos acumula el trabajo y tenemos que hacerlo los fines de semana, pero al menos durante un segundo, habrías hecho la propuesta con ilusión y convencimiento. ¿Y yo? Yo no te habría creído, claro, pero habría sonreído igualmente.



El otro día apareció la ministra de Sanidad hablando por televisión. El gobierno va a hacer una inversión de no sé cuántos millones de euros para la reconversión de hospitales y centros de salud. Prevén que dentro de 10 años un 75% de las visitas médicas no urgentes sean virtuales. Recortarán en personal (eso no lo dice, claro) y destinarán ese dinero a poner Internet de alta velocidad y ordenadores con cámara en todas las consultas. Así evitarán futuros colapsos como los sufridos durante la pandemia, dice. La noticia, que ella dio con fingida alegría pero evidente incomodidad, despertó un revuelo brutal en redes y está provocando incluso algunas manifestaciones. Bueno, como está sucediendo con el tema de los bancos, los desahucios, las subcontratas, los impuestos, el precio de la gasolina, la privatización de los servicios públicos, las constantes reformas en la enseñanza o las condiciones laborales de los autónomos, supongo.

No sé lo que vamos a hacer. Me refiero a los seres humanos en general, como especie. No sé cómo vamos a lidiar con todos los problemas cuando sea demasiado tarde, cuando los polos se hayan derretido por completo, los recursos fósiles se hayan agotado, el agua esté toda contaminada y las diferencias entre clases sean ya insostenibles. No nos bastará con usar cepillos de dientes hechos con bambú, tomar un tren en lugar de un avión o reciclar los tetra briks en el contenedor amarillo. No nos bastará con comprar las hortalizas de kilómetro cero, ni con comprar ropa que lleve una etiqueta de “Sostenible 100%”. No nos bastará con adquirir electrodomésticos de bajo consumo, ni con utilizar doble cristal en las ventanas para aislar las casas del frío. No será suficiente con comprar el suavizante para la ropa a granel y utilizar champú de pastilla. Nada de lo que hagamos, ninguno de nuestros pequeños e insignificantes actos, podrá paliar el daño que ya hemos hecho al pasar por aquí. Bezos, Musk, Branson y un puñado de multimillonarios ya están haciendo viajes espaciales para tantear el terreno lejos de la tierra. Afirman que, en un futuro cercano, se podrán construir enormes colonias espaciales capaces de albergar varias veces la población mundial. Mientras tanto, el alquiler medio de un piso en Barcelona es de casi 2.000€ al mes.

Y sí, ya lo sé. Si estuvieras aquí me dirías que disfruto siendo una ceniza, y que allá donde voy me sigue una pequeña nube de tormenta. Me pedirías que respire hondo y me deshaga de toda esa negatividad que me obstruye la circulación de la sangre. Que me busque un hobby. Preferentemente algo físico o manual y que no requiera pensar demasiado. Algún ejercicio alegre y no competitivo. Que me apunte a zumba, o a bailes de salón. Que haga maquetas en miniatura, *scrapbooking* o puzzles de paisajes al atardecer con caballos blancos galopando por la pradera. Que vaya al campo a fotografiar pájaros, que me apunte a algún grupo excursionista. Que haga cosas de gente normal. Y sí, probablemente dirías la palabra “normal” de modo precipitado e inocente, sin saber muy bien todo lo que dicha palabra implica.

Lo he estado pensando, y me parece que voy a adoptar un gato. Sé que siempre había dicho que no quería mascotas, que es mucha responsabilidad y que no me veo capaz de cuidarlas como se merecen; pero le he dado algunas vueltas y creo que me hará bien. La verdad es que lo pienso de un modo completamente egoísta y ni siquiera sé si será positivo para el gato en cuestión. Aun así, me da igual. Las casas tan vacías y silenciosas me dan miedo, y con un ser vivo deambulando por las habitaciones me sentiré menos sola. Aunque bien pensado... los gatos son muy pesados. Tienen fama de independientes, pero en realidad no hay quien los aguante. Engreídos, prepotentes, caprichosos, con mal carácter... Se creen que los humanos están exclusivamente a su servicio, como si no tuviéramos otra cosa que hacer. En fin, supongo que en el fondo es nuestra culpa, ¿no? Nosotros los hemos domesticado para que se comporten así. Seguro que es algo que tiene relación con años de evolución y condicionamiento. No sé, a lo mejor no es tan buena idea. Un perro ni hablar, eso sí que no. Dan demasiado trabajo. ¿Un pájaro? ¿Para tenerlo siempre enjaulado? Muy triste. ¿Un roedor? ¿Para que se pase los días dando vueltas en su rueda y se transforme en una metáfora de nuestras inútiles rutinas? Mejor que no. En fin, supongo que acabaré pillándome una oveja eléctrica para hacerle un homenaje a Philip K Dick. Cuando no llueva podría estar en la azotea y comerse las plantas de la vecina. La tía es un poco borde, así que ya me parecería bien.

“Doomscrolling”, “manoplas”, “voluntario vacunación”, “cómo proteger al planeta”, “ruptura de Daft Punk”, “impacto del cambio climático”, “cómo mantener la salud mental”, “eurovisión”, “ganadoras de Miss Universo mexicanas”, “positividad corporal”, “mercurio retrógrado”, “Copa América”, “incendio”, “inundación”, “cómo ayudar a Haití”, “personas más influyentes”, “mujeres indígenas desaparecidas”, “erupción volcán”, “no funciona”. Estas son algunas de las palabras más buscadas en Google durante el año pasado. Supongo que dicen bastante de nosotros como especie. O tal vez no. Tal vez no digan absolutamente nada. La verdad es que son una mezcla extraña entre trascendencia y banalidad, entre desesperación y aburrimiento. Si Asimov estuviera aun entre nosotros, probablemente ya habría escrito un relato en el que los algoritmos construyen robots de aspecto humano, les introducen todas estas palabras en su cerebro artificial y los infiltran entre la población para ver qué sucede, como en un capítulo de *Black Mirror* que todavía no existe.

Hay quien hace meditación, yoga, dieta macrobiótica o ingesta diaria de superalimentos. Otros optan por tomar drogas de modo regular, con o sin receta médica: tabaco, marihuana, bebidas alcohólicas de todo tipo, microdosis de setas alucinógenas, MDMA, opioides, café en cantidades industriales, cocaína, Prozac... Los hay que prefieren engancharse a las series, los videojuegos o los *realities* de la televisión. Algunos se inclinan por mantener sexo con desconocidos los fines de semana. Unos pocos dejan de lado su vida y se van a otros países, a hacer lo que ellos llaman buenas acciones e intentar arreglar parte del estropicio provocado por el sistema. En resumen, cada ser humano intenta sobrellevar esto lo mejor posible. Con sus contradicciones y sus incoherencias, claro, pero del mejor modo posible, al fin y al cabo. Supongo que lo más difícil de todo, al menos para mí, es aprender a convivir con la incertidumbre y la duda. Piénsalo, es algo que la mayoría llevamos muy mal. Por eso nos reafirmamos en opiniones infundadas y defendemos de modo acérrimo posicionamientos que en el fondo no tenemos tan claros. Por eso cacareamos y lapidamos en redes sociales, juzgando alegremente a todo aquel que consigue una cierta repercusión mediática por uno u otro motivo. Porque nos da vergüenza confesar que dudamos todo el tiempo y que no somos capaces de opinar con criterio respecto a cientos de cosas. Leemos en diagonal y accedemos a la información de una manera sesgada. Condicionados por los algoritmos, las imágenes descontextualizadas y las opiniones de los demás, le otorgamos *likes* a noticias que ni siquiera hemos leído. Engullimos *fake news* como quien desayuna un tazón de cereales cada mañana y estamos convencidos, en nuestra sublime insignificancia, de que los que están equivocados siempre son los demás. Afirmamos de modo tajante, asentimos con convencimiento absoluto, proclamamos nuestra subjetividad como si se tratara de hechos incontestables. Pero dudar, lo que se dice dudar, eso sí que no. Tal vez, porque nos hace parecer débiles, indefensos, desorientados. Tal vez porque tememos que, al dudar, los demás se aprovecharán de nosotros y nos manipularán para obtener algún beneficio.

Y mientras tanto, seguimos yendo hacia adelante, sin saber muy bien dónde es hacia adelante. Sin tener la menor idea de cuánto durará todo esto. Llorando, riendo, soñando, durmiendo, comiendo, follando y amontonando recuerdos. Pensando de vez en cuando que la mejor solución sería hacer con dichos recuerdos lo que hizo John Baldessari con los cuadros que pintó en sus inicios. Quemarlos sin piedad, registrar todo el proceso y utilizar las cenizas para hacer galletas.